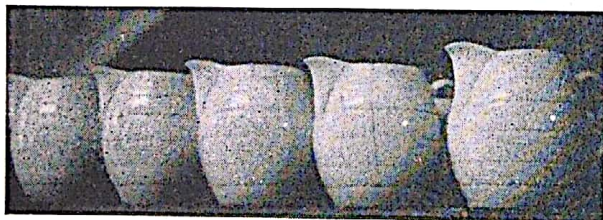


# BUENOS AIRES: QUINTA PROVINCIA GALLEGA

Por Braulio Díaz Sal

¿Cuántos gallegos hay en la Argentina y, concretamente, en Buenos Aires? ¿Cuántas sociedades o centros tienen? ¿Qué hacen, qué hicieron, qué harán? ¿Cuántas familias argentinas descienden de gallegos? ¿Por qué a todos los españoles se les llama —y por cierto, cariñosamente— "gallegos", lo mismo que a muchos hijos de éstos, argentinos con varias generaciones americanas en su prosapia? Mucha gente se hace frecuentemente estas preguntas. Las responde un hecho trascendental: gallegos fueron los integrantes de la mayoría de las expediciones descubridoras, los soldados, los adelantados y, más tarde, los inmigrantes. Esos inmigrantes que, al decir del poeta, soñaban desde los confines del Finisterre —donde comienza el Camino de las Estrellas como un ensayo cósmico del milagro compostelano—, con abrir surcos para fecundar tierras nuevas y hacer un poco más grande el mundo todos los días. Esos inmigrantes llegaron a estas tierras y en ellas sembraron generosamente su ilusión, su sangre y su esfuerzo, de lo cual son testimonio sus obras materiales y, por encima de todo, las ilustres familias que se enorgullecen de llevar su progenie.

Aquí tenemos a Rivadavia, Darragueira, Vieytes, Acuña, Fraguero, Alsina, Avellaneda, Calaza, Villarino, Nodales —los dos últimos, adelantados de la Patagonia, donde abrieron antes que nadie las puertas al empeño civilizador— y una legión interminable, que arranca de



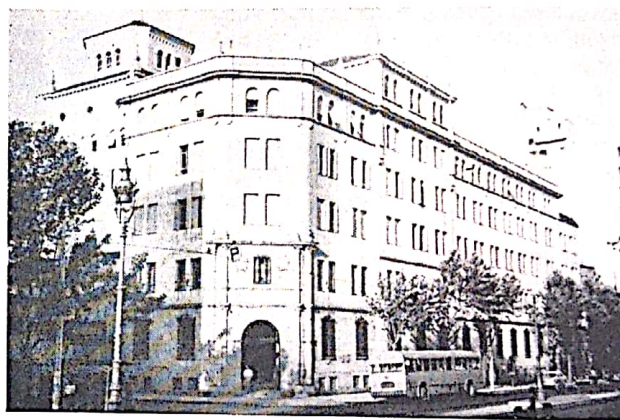
"Xarras" barrigudas, para el vino gallego

los albores de la historia argentina y llegó a nuestros días. Aquí tenemos el testimonio de la participación de los tercios gallegos en la Defensa y Reconquista de Buenos Aires, frente a las invasiones inglesas, capitaneados por Cerviño, ingeniero y profesor, que fundó la Escuela de Náutica de Buenos Aires y realizó una obra excepcional y a quien recuerda una calle de la ciudad. Aquí tenemos bajo el cielo polar, a pocos kilómetros de Punta Arenas, tal vez el monumento más austral del mundo, levantado en honor de la expedición de Sarmiento de Gamboa —uno de los marinos más intrépidos de su época, que sucumbió hacia fines del siglo XVI—, cuya leyenda estremece por su significado y síntesis: "Aquí estuvo España", dice escueta y sobriamente.

La historia de los gallegos en Buenos Aires requeriría varios tomos. Los intentos hechos hasta ahora —uno reciente, un tanto parcial, cuyo autor pareciera sentir, a juzgar por su ramplonería idiomática y otros detalles,

"A mi crítico futuro rendidamente ruego, cuando describa mi raza y mi estirpe defina, no olvide que también fui gallego en la República Argentina".  
Eugenio D'Ors.

fobia por la lengua del Quijote y de Martín Fierro—, fueron incompletos y no dan la medida de lo que representa esta colectividad. Y aquí vuelve a aflorar la pregunta: ¿cuántos gallegos hay en Buenos Aires? Denominase literariamente a la capital argentina "la quinta provincia gallega", como expresión afirmativa de que en ella residen más compatriotas de Rosalía de Castro,



Belgrano y Fasco: Centro Gallego, la mayor institución mundial de inmigrantes

Concepción Arenal, Valle Inclán, Menéndez Pidal y Francisco Franco, que en cualquiera de sus cuatro cabezas de provincia: La Coruña, Lugo, Orense y Pontevedra. Afirman algunos que hay 600.000 gallegos aquí; otros, que unos cuatrocientos mil. ¿Cuántos son, en verdad? Supongo que si redondeamos el medio millón estaremos en la cifra más aproximada. ¿Y las instituciones? Otro dato difícil porque siempre aparecen nuevas sociedades. De lo que no hay duda es que superan el medio centenar.

A la cabeza de ellas figura el Centro Gallego, fundado en 1907, entidad que tiene actualmente 110.000 socios, cuyo presupuesto anual supera los mil millones de pesos. El Centro Gallego es la institución más colosal hecha jamás por inmigrantes en el mundo. Su misión es, simultáneamente, médico-mutual y cultural. Su patrimonio es cuantioso. Tiene uno de los sanatorios más modernos del país, con los máximos adelantos de la ciencia y de la técnica; posee un teatro, biblioteca y numerosas obras de arte; realiza anualmente un concurso sobre literatura y música de Galicia, y hállase en franca evolución, mediante la constante modernización de sus instalaciones y del material y recursos médico-asistenciales. En el Centro Gallego se brinda gratuitamente a los asociados —hay gran porcentaje de argentinos, españoles de todas las regiones, e incluso de otros orígenes— atención médica, medicinas e intervenciones quirúrgicas. También tiene una maternidad donde diariamente nacen niños argentinos. Para redondear la idea de la importancia de esta institución, agregaré los siguientes datos: su plantilla de



Conjunto femenino folklórico

médicos es de 260; integran el plantel administrativo, de maestranza y auxiliar, 800 empleados; posee 260 camas para internos; se realiza un promedio de 2.500 consultas

y se despachan en su farmacia unas 4.500 recetas diariamente.

Además del aludido centro, figuran la Asociación



Muchachas vivamente entregadas a la muñeira

Casa de Galicia, fundada en 1918, cuyas actividades son de índole cultural, social y recreativa; los cuatro centros con nombres de las respectivas provincias gallegas, el más importante de los cuales es el Centro Lucense, con más de 15.000 socios, un patrimonio muy valioso y una tradición cultural notable; otras entidades, con nombres de ciudades, villas, partidos y municipios, integran el conglomerado institucional de los gallegos en Buenos Aires, quienes pertenecen, asimismo, a múltiples instituciones más de la colectividad hispana. Prueba de ello es que el Hospital Español que sostiene la Sociedad Española de Beneficencia, el Club Español y la Asociación Española de Socorros Mutuos —las tres instituciones están a punto de cumplir los 120 años de su fundación—, el Club Deportivo Español, la Asociación Patriótica Española, la Institución Cultural Española, Cámara Española de Comercio y numerosas entidades más, tienen gallegos entre sus asociados y en sus cuadros dirigentes.

La actividad de los gallegos es —y lo fue siempre— variadísima. Abarca desde las funciones más elevadas jerárquicamente a las más modestas, como corresponde a la integración social de todo grupo humano. Médicos, ingenieros, abogados, sacerdotes, arquitectos, periodistas, escritores, poetas, pintores, escultores, actores, catedráticos, banqueros, comerciantes, industriales... En todas las ramas del humano quehacer se hallan gallegos. En un libro publicado acerca de la colectividad española en 1917, señalábase que en la Argentina había 237

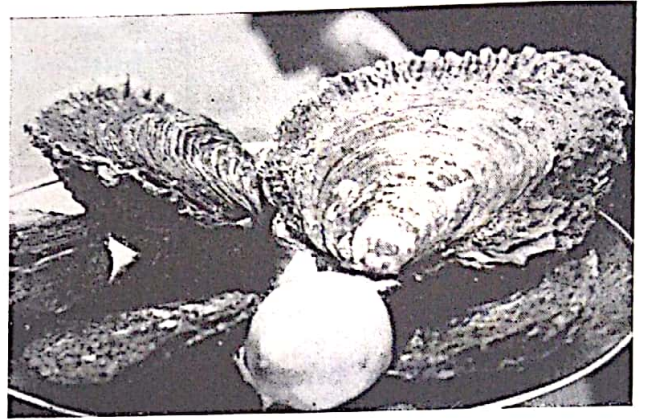


Marineros que regresan de pescar

médicos; 122 profesores y maestros; 102 abogados; 100 periodistas; 60 ingenieros y arquitectos; 57 notarios; 55 farmacéuticos y 46 pintores y escultores, amén de quienes ejercían otras profesiones y oficios. Pues bien: un promedio elevado de esos inmigrantes eran de origen gallego, y algunos de ellos, figuras representativas del máximo rango.

Buenos Aires tuvo y tiene gravitación gallega muy particular en múltiples planos de su primoroso cosmopolitismo. El colorido de las expresiones folklóricas gallegas; los orfeones, coros y conjuntos de baile, que pusieron siempre su nota de bulliciosa alegría con la muñeira, el alalá y la pandeirada; la morriña, la saudade... no se entiende ni comprende sin los gallegos, quienes acuñaron, por añadidura, una original imagen del buen comer y de la nostalgia. ¿Qué porteño no tiene noticia de los sabrosísimos platos gallegos de los restaurantes? El pulpo a la gallega, los chorizos con "cachelos" la empanada, "pote", caldo, "sardiñas", "lacón con grelos", mariscos, bacalao, "raxo" y todas las variantes de la gastronomía y del "bon viño", tienen carta de ciudadanía y auténtica solera, gracias a estos inmigrantes que cambiaron la fisonomía y la estética alimenticia, e impulsieron sus me-

nús de incitante y rica "gula gallega". Los almaceneros —versión de los antiguos "abarroteros" de las expediciones bélicas o culturales— representan otra de las ramas del comercio de Buenos Aires, donde los gallegos realizaron verdaderos milagros de una variante socio-económica del consumo familiar. Y fuera de lo expresamente típico gallego, ¿qué decir de los restantes platos de la incomparable y abundosa cocina española, e incluso de la internacional, que sirven los campechanos "mozos" gallegos? La paella, el cocido, el gazpacho, la fabada, el cochinillo y las mil maneras de comer pescado, tienen uno de los grandes antecedentes en los gastronómicos



Ostras: plato típico y aristocrático de Galicia

gallegos, quienes inclusive en el reino de la "pizza" y de las pastas, hacen maravillas culinarias.

Sería injusto no recordar que en la industria, en la cátedra, en los teatros, en los diarios, en las emisoras de radio, igual que en las panaderías, o cualquier clase de actividad comercial, intelectual o artística, los hijos de Galicia descollaron en forma notable. Hubo libreros gallegos —y los hay— de primera línea. Y un día de 1926, cuando Buenos Aires salió a la calle presa de un delirio colectivo, en el cielo porteño se aclamaba la insólita imagen de un pájaro de acero llamado "Plus Ultra", con el



Almejas: típico marisco de la gastronomía gallega

cual el comandante Ramón Franco —ferrolano y soñador como sus hermanos de la diáspora inmigratoria—, realizaba la primera travesía del Atlántico Sur por el aire. Un monumento lo recuerda en la Costanera Sur. En otros monumentos, en las esquinas de Buenos Aires, en múltiples edificios y motivos urbanos, los rasgos característicos de imágenes gallegas afloran como un contagio de complementación y asimilación fuerte y lógica.

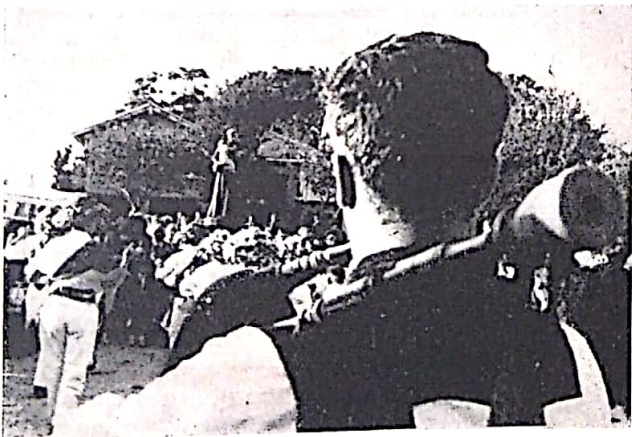
El panorama presente de la colectividad gallega sigue invariable y fiel a su inicial tradición. Hay gallegos

en todas partes. Ellos, igual que todos los españoles, no se consideran extranjeros en la Argentina, sino hermanos y protagonistas de su destino de grandeza. El gallego tiene orgullo y personalidad muy definidas. Sabe — y hace gala de ello para dejarlo como herencia muy preciada a sus descendientes— que el decoro, la honra y el honor, son patrimonio propio que no depende de los demás, como la fama y la popularidad. Estas se dan o se quitan. Lo otro, no, como bien expresa la sentencia del clásico. El vocablo "gallego", que en alguna época tuvo sentido peyorativo, casi desdorante, se transformó



Baile gallego en pleno campo

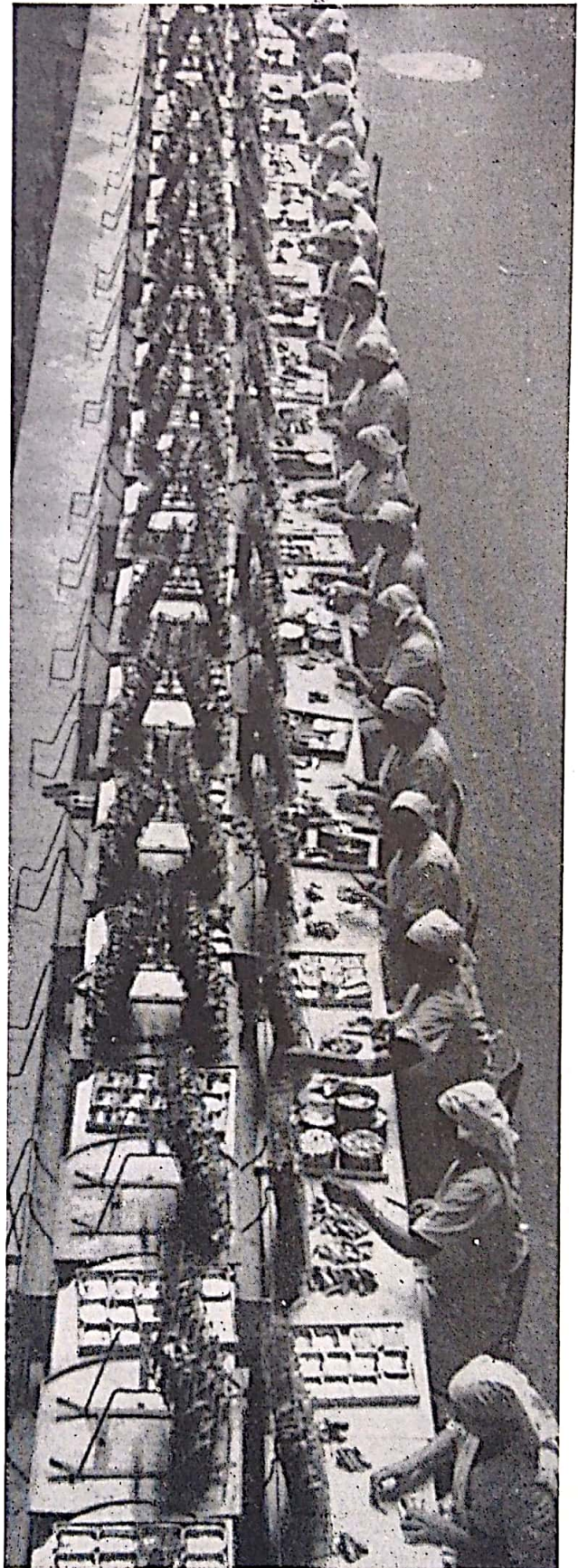
en gentilicio honorable y distinguido —como lo afirma D'Ors—, porque la actitud y la nobleza de los gallegos, sirvieron para darle lustre. Su tesón y espíritu emprendedor; su honradez a carta cabal y su fidelidad a la palabra caballeresca y responsable; su amor a la verdad, a la libertad y a la justicia; su actitud ante la alegría y el dolor; su generosidad y lealtad hacia los principios supremos que elevan al hombre y, en fin, su valor y hombría —téngase en cuenta que únicamente emigran los hombres fuertes de alma y cuerpo, pues los débiles, los sumisos,



Fiesta con la gaita gallega

los caídos, no emigran: sucumben—, constituyen una línea de conducta inalterable y digna, que trasunta y resume la esencia de una estirpe. Y si las obras son amores, ahí están los testimonios, los sueños hechos realidad en América toda, y en la Argentina, como en el inmortal verso de Machado:

*"Caminante, son tus pasos,  
el camino y nada más;  
caminante, no hay camino,  
se hace camino el andar".*



Una fábrica de pescado en Galicia